



Celebremos al rey de los valores
M. Isidora Mena E.
Académico Escuela Psicología
Pontificia Universidad Católica de Chile

Navidad siempre nos pilla poco preparados. Esos regalos que faltan, distribuir lo que lleva cada familia a la celebración, graduaciones, agradecimientos a los que nos colaboran durante el año, informes finales, exámenes, presupuestos del próximo año... Llegamos al 24 con el alma estresada por el exceso de actividad y con un calor insoportable.

Bien distinto a la nevada Navidad de las películas que en esta época repletan la programación de TV. Es que en el Hemisferio Norte, donde se inventó este festejo, es invierno, con pinos nevados y pascueros felices con sus chaquetones. El fin de año calendario no coincide allí con el fin de año laboral y escolar y hay tiempo para hornear galletas y cantar villancicos con el alma pacífica.

En el Hemisferio sur parece que siempre llegamos tarde a las grandes decisiones y la copia de los poderosos nos sale inevitablemente un poco mal... Nuestros viejos pascueros se mueren de calor y resoplan resistiendo un infarto.

Pero nunca es tarde para atinar; para vislumbrar entre el sudor y el ajetreo hemisférico que tenemos esperanzas. Que pese a todas las confusiones de sentido, hay esperanzas. El mensaje que celebra la Navidad cristiana es la esperanza que trae a todos- también a los pobres, a los confundidos, a los copiones, a los acalorados y estresados – la noticia del amor.

Jesús nos dice que el amor es el valor básico. El que nos hace más felices. ¿A quién le importa el calor cuando siente que le quieren de verdad y profundamente? ¿Quién se agobia por el estudio o el trabajo cuando siente que contribuye a hacer un mundo amable para todos?

Por eso pensemos en estos días sobre el valor del amor. Intentar comprender lo que nos falta para ser buenos en querer a los otros y a uno mismo. En una época de confusión de valores conviene pensar cómo vivir, con uno mismo y los otros, el amor.